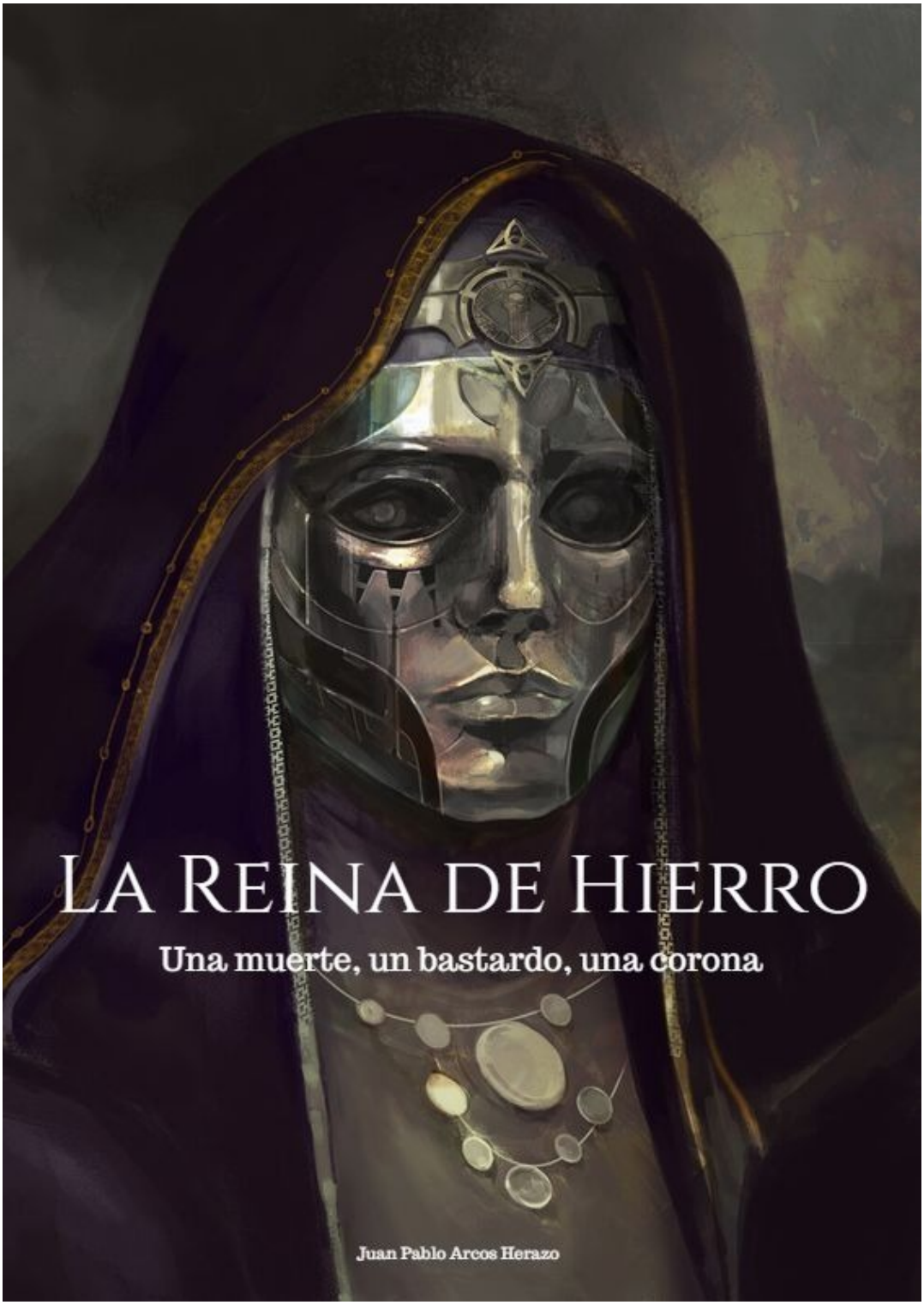
La Reina de Hierro

Juan Pablo Arcos Herazo



Capítulo 1

Prólogo

Los gritos de los herejes no cesaron de sonar. Trató de taparse los oídos con las manos, pero era imposible encontrar el silencio. Los hombres y las mujeres se quemaban bajo ella, lanzando alaridos e improperios mientras que el crepitar de las llamas se hacía más y más fuerte. Su celda, oscura y fría, reproducía los gritos. Los ecos que se estrellaban una y otra vez con las paredes de la prisión le torturaban la cabeza. Amelia deseaba ya estar muerta.

Se preguntó cómo sería morir de esa forma, cómo se sentiría que diez mil lenguas de fuego se posaran sobre su piel y la asaran viva mientras toda Talidia la veía agonizar. Magrei, la bruja de la celda contigua, podía tener la respuesta. O al menos eso afirmaba ella. Le había dicho que ya había muerto varias veces en la hoguera, solo para que Mesenai, el Señor Oscuro, la despertara una vez más en el cuerpo de una nueva doncella.

—Mi Señor Oscuro solo debe mover las manos y allí estoy yo, concebida una vez más por una nueva mujer. —Repetía siempre la vieja. Magrei se reía cada vez que le decía eso y Amelia solo pensaba que el último cuerpo en el que Mesenai la había hecho encarnar era terriblemente demacrado. Por supuesto no creía en ninguna de las palabras de Magrei. Era una vieja loca y desdentada, pero no era una Hija de la Oscuridad, como se hacían llamar las propias brujas. Nadie poseía magia oscura, nadie hacía morir a los hombres con un chasquido de dedos ni podía envenenar los ríos cantando plegarias al viento. Las hechiceras solo eran viejas mentales, y aquellos que las quemaban simples hombres temerosos y llenos de supersticiones.

Se sentó en la dura piedra del suelo y decidió concentrarse en los otros miles de sonidos de la prisión. Los alaridos de afuera pasarían a un segundo plano. Prefería escuchar cualquier otra cosa antes que los gritos de personas al morir. Escuchó el gotear de un agujero en el techo de su celda; cómo las gotas hacían salpicar un charquito de agua turbia y lo ensanchaban de a pocos. Escuchó el ulular del viento de los tragaluces de las paredes, que se asemejaban a fantasmas moribundos. Y escuchó también los murmullos de Oscura, la niña esclava que nunca había dicho su nombre y que los guardias de la prisión la habían bautizado como tal. Su celda estaba al frente de la suya, pero contaba con menos espacio.

A veces escuchaba canciones alegres en medio de los murmullos de Oscura, pero tal vez solo fuera su imaginación. Una niña tan atormentada como ella debería de haber dejado de cantar hacía mucho tiempo. Los

Púrpuras, como les llamaban a los guardias de la ciudad por sus capas púrpuras y ondeantes, habían entrado más de una vez a la celda de Oscura, le habían quitado el vestidito y la habían tendido de bruces para penetrarla sin piedad. Amelia había tenido que escuchar las plegarias de la niña casi todas las noches y no recordaba alguna en la que no hubiera llorado. Cuando trató de hablarle otra vez, la niña prefirió el silencio. Ya no entonaba más canciones alegres.

—Chillan como cerdos. —Dijo Magrei, otra vez con su sonrisa sin dientes. —Mi Señor Oscuro los hará callar dentro de poco y los hará reencarnar. A los Hijos e Hijas Oscuros no se les puede matar. Sí, todos lo saben…todos lo saben.

Amelia no dijo nada, concentrada todavía en los mil y un sonidos de la prisión. Escuchó el caminar de unas botas en la segunda planta de la celda; escuchó el retumbar de una cuchara de hojalata de alguna de las condenadas cercanas. Y, si ponía atención, también podía llegar a oír el maullido de uno de los gatos de las celdas, que se lamían las patas con descaro mientras veían a las prisioneras perecer de a pocos. Estaban allí para comerse las ratas, pero más de uno había caído en manos de una que otra prisionera hambrienta. A las famélicas no les importaba los arañazos, ni los bigotes y el pelaje de los felinos. Desmembraban al gato, agarraban sus tripas y le pegaban un buen mordisco hasta saciar el hambre acumulada de días. Amelia jamás había caído en tal desesperación.

—¿También vas a chillar como cerdo, Dama?

La había llamado Dama desde el momento en el que los Púrpuras la habían arrojado a la celda. Amelia todavía lucía decente cuando había entrado a la prisión, pero ahora no quería saber cómo se encontraba. Su vestido amarillo, con brocados de flores y hojas, era muy conocido en la corte de la ciudad y había instaurado una nueva moda entre las cortesanas. Ahora se encontraba sucio y arrugado. Tenía manchas de tierra y de comida, y solo podía servir para limpiar el suelo o para que un vagabundo de las calles lo tomara como cobija. Era al menos lo que había hecho Amelia, que se contentaba de vez en cuando por haber elegido ese vestido el día en el que la habían hecho cautiva. La prenda, de mangas largas y de terciopelo suave y acolchado, la había salvado de una que otra gripe, tan comunes y peligrosas en la prisión que ya había visto cómo varias prisioneras morían a diario en medio de la tos seca y las fiebres altas.

—No gritaré ni chillaré. —Dijo Amelia, para sorpresa de ella misma. Había decidido ignorar a la vieja hacía mucho, pero ahora había respondido a su pregunta.

—Todos terminan gritando. No se puede huir del fuego, Dama. No, el fuego siempre entra, siempre encuentra un pliegue, un pedazo de carne. Te lo digo yo…yo que he muerto y revivido cien veces.

Amelia la observó por un momento, y por un momento casi se cree lo de su reencarnación. La vieja siempre le había parecido sucia y fea, pero no menos sabia. Sus ojos azules llegaban a contar mil historias si se adentraba en ellos. ¿Habrían visto más de una vida? ¿Habrían nacido más de una vez?

—Los maeses de la Academia dicen que los que son ejecutados en la hoguera no mueren necesariamente por las llamas. —Dijo Amelia, queriendo encontrar algo de esperanza, así fuera en las palabras de una loca. Más que morir, le daba terror el dolor que sentiría en la hoguera, cuando el fuego la tomara como suya.

—Maeses idiotas. Creen en la prueba y el error, no en la magia, ni en los rezos oscuros. Yo sí te puedo decir que las llamas queman, Dama. Oh, sí queman. Queman tanto que terminas gritando, como mis hermanos y hermanas de allá abajo. Gritan y gritan hasta que la piel se tuesta, el músculo se incendia y el hueso se vuelve ceniza.

—En la Academia dicen que es el humo el que quema. —Objetó Amelia, segura de sí misma. —Pero solo quema un poco. Luego el humo sube, se inhala a bocanadas y produce un desmayo, tal vez como una obra piadosa. El fuego acaba por consumir todo, cuando no se está consciente.

Magrei negó con la cabeza y se volvió a hacer un ovillo. Amelia no sabía cómo había logrado que se callara, pero lo que sí había conseguido era darse aliento a sí misma. No, el fuego no la mataría, la mataría el humo. Sería doloroso, por supuesto. Las llamas que llegaran a sus pies le arrancarían la piel, pero cuando el humo inundara sus pulmones todo sería un sueño. Sí, un sueño. Uno cálido, casi agobiante, pero un sueño al fin y al cabo.

El Púrpura no tardó mucho en llegar a su celda. Amelia se había quedado dormida. Vio la celda de Magrei y se dio cuenta que ya no estaba. Tampoco estaba Oscura, la niña de los susurros tristes. ¿Acaso cuánto tiempo había dormido? ¿Por qué la había tomado el sueño tan de repente? Se acordó de que la noche anterior no había conciliado el sueño y supo la respuesta. Estaba demasiado cansada, incluso para morir.

—Ha llegado su hora, Donna Amelia.

El guardia era uno bruto y cruel. Era un Vecruzado a servicio de la ciudad, uno de los tantos que hacían fila para poder portar la capa púrpura y poder esgrimir una espada contra brujas y pobres revoltosos. Sabía que Arentio Vecruzado era el anciano que gobernaba aquella casa menor, un

banderizo insignificante de la potente fuerza militar de los Lazar de Talidia. El guardia lucía el estandarte de su casa en su jubón, como la mayoría de Vecruzados. Eran tres halcones amarillos sobre un fondo mitad azul y mitad púrpura. Era un estandarte horrible para una casa más horrible aún. Amelia, en un arranque de ira, le había dicho todo eso al bruto del guardia, luego de que este se comiera su pan y se bebiera su agua diaria en medio de risas. Este le había asestado un golpe tan fuerte en la cara que por una semana tuvo que cargar con el moratón que le había aparecido en el rostro.

El Vecruzado abrió la reja de su celda y la puso de pie con una patada. Amelia gruñó por el golpe, pero obedeció. Siguió al guardia por el pasillo atestado de celdas y se lamentó un poco al ver que ya todas estaban vacías. ¿Habían quemado a tantas mujeres mientras ella seguía soñando? Se encontró con otro púrpura en la puerta de salida, tal vez un hermano o un primo del primero, pues era otro con el estandarte de los Vecruzado en el jubón de lana. Los dos hombres la escoltaron en silencio.

Amelia observó los muros negros a su alrededor y se acordó de la primera vez que había entrado allí. Ya habían pasado dos meses, lo sabía porque había hecho rayones con trocitos de piedra en su propia celda, y había contado sesenta y cinco días y sus noches. Había odiado con toda su alma los gélidos vientos que entraban por los tragaluces, la humedad asfixiante del techo y el sonido de las ratas recorriendo el suelo, tan cerca de ella que ya se había acostumbrado. Hoy llegaría su fin, pero pensó que al menos también llegaría el fin de sus días en esa prisión.

Bajaron una y dos escaleras, atravesaron unos cuantos pasillos, cruzaron salones inmensos con celdas desprovistas de prisioneros y otras tan atestadas que los hombres suplicaban a gritos que los sacaran de allí. Olían a orina, a sudor, a hombre. Era el ala de los prisioneros varones, el ala más atestada de la prisión. Entre sus caras vio los que a lo mejor eran violadores, asesinos, contrabandistas y rateros de caras desprovistas de alegría. Se fijó que las cubas de las celdas las habían sacado los propios prisioneros, quienes pedían que las vaciaran. Todas estaban a rebosar de mierda, vómito y orina.

Uno que otro prisionero se la quedaba mirando y Amelia se sintió incómoda. Era un alivio que al menos tenía a dos guardias a su lado para que la cuidaran. Los hombres de las celdas podrían violarla y matarla con suma facilidad, solo bastaba que se acercara un poco a las rejas y más de una mano la halaría y la haría trizas. La ahorcarían docenas de manos, mientras otra docena divagaría entre sus faldas. Sabía también que los guardias que la escoltaban podían hacerlo, como lo habían hecho con Oscura, pero les era prohibido si quiera tocarla bajo la ropa. Ecenda, la dueña de la prisión, se los había advertido a los Púrpuras apenas Amelia había llegado allí. No era una mujer amable, sino tosca y rancia, con el cabello gris y desgreñado y una barriga prominente que había sobrevivido

a más de diez embarazos, pero al menos la había salvado de las violaciones.

Cuando llegaron al patio de la prisión, el sol abrazador le hizo escocer los ojos. No había visto directamente la luz desde hacía mucho tiempo. Se volvió un momento atrás y vio la monstruosa edificación donde había yacido prisionera. Los ladrillos también eran negros en el exterior y ondeaba una bandera con dos fémures cruzados, el estandarte de los Huesolargo. Era una de las casas más temibles del reino, conocidos siempre por la administración de sus castillos, y también de sus prisiones. En el patio, donde antes había prisioneros que podían caminar y asolearse un poco, sobre todo los de origen noble, no había nadie ahora. Amelia supo que era por el día de La Quema.

Sonaba incluso gracioso por la simpleza de su nombre, pero Amelia sabía que se le habían designado mil y un nombres más. Le llamaban La Quema, pero también le decían El Día Rojo, La Tarde de los Gritos y muchos otros nombres más creativos. Pero prefería La Quema, prefería lo simple, lo que iba al punto. Ese día solo consistía en quemar y escuchar los gritos de los quemados.

Abrieron la puerta de la muralla de la prisión, una grande, con remaches de hierro, y dieron paso al exterior. Fuera se congregaba el populacho. Comerciantes y nobles; prostitutas y pesqueros; criadas y lavanderas; todos se encontraban allí. Los vendedores ambulantes habían aprovechado también la ocasión y ofrecían empanadas de pichón, cantimploras de aguardiente y tamales calientes, cuyos jugos se derramaban por las bolsas de cuero donde los cargaban. Apenas vieron a Amelia se quedaron en silencio. De la gloria que había dejado la Señora de las Llanuras, como la llamaban por las calles, ya solo quedaba su recuerdo. Amelia estaba pálida, con el rostro demacrado y el cabello, antes rubio y brillante, enredado y lleno de polvo. Notó que hasta las prostitutas más harapientas se alejaban de ella. No debía oler nada bien. Lo sabía, mas no le importaba. Los Púrpuras no le habían permitido bañarse y la única agua que le daban era para que la bebiera.

—He aquí a Amelia Ojendía, antes Señora de la villa de Acapro, ahora convicta de brujería. —Anunció un heraldo a pocos pasos de ella. Amelia cruzó frente a él con seriedad.

Pensó que solo habían bastado dos meses para que pasara de señora a convicta, y por un momento casi se le llenaron los ojos de lágrimas. Pero no lloró. Se había prometido desde hacía una semana que no lloraría. No le daría el gusto de sus lágrimas a nadie, y, así como le había dicho a Magrei, tampoco gritaría cuando las llamas la alcanzaran.

El gentío se quedó casi en silencio mientras la miraban pasar. Pensó que la atacarían con avalanchas de fruta podrida y baldados de meados y

porquería, pero no ocurrió nada de eso. En los ojos de la gente vio compasión, ternura. Las mujeres se fijaban sobre todo en su deplorable aspecto, pero los hombres la miraban a los ojos, sin entender cómo había terminado así.

Más adelante, tras el camino demarcado por sus nuevos espectadores, se encontraron con un estrado de madera. Sobre el estrado habían construido una hoguera solo para la Señora de las Llanuras. Estaba armada por un palo santo amarrado al suelo, con un montón de hojarasca y pilas de heno desmembrado al pie. Amelia respiró hondo y subió las escaleras del estrado. Eran empinadas y llenas de puntillas que hacían crujir la madera. Los soldados la subieron al palo santo y la ataron con fuerza con una cuerda. La ansiedad incrementó en Amelia. Casi no podía respirar y los mil ojos a sus pies la hacían sentir insegura.

Una trompeta dorada sonó a un lado y Amelia vio por fin a su acusador. El archiduque Bejadmundo no había cambiado nada en los dos meses que había estado encerrada, a diferencia de ella. Tenía la misma barba entrecana, que se peinaba a cada rato con aceite. El sombrero de ala ancha yacía en su cabeza, y el jubón púrpura, como el de su antigua casa, se aferraba a sus carnes. Un par de ojos verdes la observaron con desdén, esos que alguna vez la habían visto con deseo. Subió las escaleras de otra construcción de madera, más alta y firme, que se había hecho con rapidez. Tenía como propósito avistar a los quemados, como siempre hacía el archiduque y su familia cuando llegaba el día de La Quema. En una de las paredes de la construcción habían colgado el estandarte de los Lazar, una corona en blanco y negro sobre un campo de flores violetas. Amelia quiso escupirle allí mismo, verle la cara de sorpresa, goteante de saliva, pero era una dama y quería morir como una. No la recordarían como la “señora que había escupido”, sino como la “señora que no había gritado”. Se aseguraría de eso.

A su lado se sentó la esposa del archiduque, Leonilde Lazar de Collarejo, con la nariz aguileña, el cabello escaso y rubio bien recogido y los ojillos imperturbables. Vestía un corpiño blanco, ceñido a unas faldas de terciopelo negro con un brocado de cabras plateadas. Amelia pensó que le hacía buen uso a su apellido, los Collarejo de las fincas de cabras en las montañas. También se preguntó si habría dejado a su hija al cuidado de la nodriza o si la habría traído consigo. No vio a la chiquilla, así que se alegró un poco. Una niña no debía ser testigo de las infamias de sus padres.

Y cuando pensaba que no vería más rostros que le provocaran matar a alguien, vio a Arcadio Lazar, el hermano del archiduque. Tenía puesta una sencilla túnica gris, como todos los monjes del reino, y lucía una coronilla calva y rosada, el peinado de todos aquellos que decidían hacer votos a la fe ojista. Sus ojos, que eran un mar de leche, habían dejado de ver desde que lo habían ungido como Oyente Mayor, el sacerdote más importante de la provincia y de la ciudad. Se sentó al lado derecho de su hermano y

Amelia notó un atisbo de sonrisa en su boca de labios finos, perversos.

—Señor Oyente, el juicio es todo suyo. —Dijo el heraldo, y se retiró con una reverencia.

El sacerdote se paró y clavó sus ojos en ella, casi como si pudiera verla.

—Donna Amelia Ojendía, Señora de la villa de Acapro, vasalla del duque Donn Veremundo Zaredia, quien hasta hoy en día gobierna los grandes Llanos del Corcel Negro.

—Sí. Esos son mis títulos, señor.

Su público comenzó a murmurar entre sí. Parecía que los condenados no solían hablar en sus juicios, o no solían hacerlo a menos que vinieran acompañados de gritos y groserías. Leonilde Lazar, roja de ira, se puso de pie junto a su cuñado. Amelia sabía que era una mujer muy religiosa.

—¡Respeta las palabras del sacerdote! —La regañó, iracunda. —Serás bruja, pero no por eso tienes el derecho de ofender al máximo testigo de Dios. Los condenados callan y escuchan en sus juicios.

Amelia se dignó a sonreír. La archiduquesa la odiaba, por supuesto. Acostarse con su esposo y concebir un bastardo no era de su agrado. Sabía que era por eso que la habían acusado de brujería. Podría haber sido el cobarde del archiduque o la archiduquesa misma, pero la verdad ya no importaba. Hoy era el día en el que iba a morir.

—Si puedo continuar. —Dijo el Oyente Mayor, carraspeando la garganta. —Hoy le condenamos, Amelia, frente a la mirada del Dios de los Mil Ojos, a que se funda en las llamas del infierno junto con las otras de su clase.

—¿Puedo saber por qué? —Volvió a hablar Amelia. —Por lo que sé, un juicio ante Dios es bastante serio. Pero bueno, poca esperanza resta luego de escuchar los gritos de tantos otros antes que yo. Habrán sido condenados por haber comido en una iglesia o por haber usado verde el día en el que solo se puede usar rojo. Vamos, hombres han muerto incluso por menos.

—Está acusada, Donna Amelia, de haber embrujado al mismísimo archiduque de Talidia. A mi hermano, el excelentísimo Donn Bejadmundo Lazar. —Dijo el Oyente, moviendo un dedo acusatorio frente a él.

—De eso me declaro inocente. —Sentenció Amelia, y de repente pensó que su saliva se tornaba en veneno. Tal vez debería seguir haciendo eso, seguir haciendo un espectáculo. No la recordarían como la "señora que

había escupido”, pero tampoco como la que había muerto sin decir nada.

—¡Mi querido esposo fue víctima de sus artimañas! —Declaró la archiduquesa, señalándola con un dedo tembloroso. —La vi en su lecho, prendiendo velas negras y rezando a espíritus oscuros. ¡Usted es una bruja, usted es...es… ¡quémenla ya!

—Vaya, ¿prender velas oscuras? El sacerdote mismo debería investigar eso. Sabrá que nunca tuve velas negras en mis posesiones. ¿O es que solo basta con las acusaciones de una gran señora? ¿Así es como se hace la justicia en Talidia?

La muchedumbre comenzó a comentar entre sí. “Que hablen” pensó Amelia, “Que digan cómo fue que morí por la palabra de un par de infames”.

—No hay que investigar nada. —Sentenció el sacerdote. —Usted es una bruja. Hizo que el archiduque pecara con usted y hay un bastardo para comprobarlo.

Amelia pensó que harían pasar a su hijo, obligarlo para que con sus escasos tres años la viera atada, a punto de morir. Por suerte no vio que el archiduque tuviera la intención de hacerlo pasar. Tal vez había logrado escapar. Le había dicho a Sombra que se lo llevara, le había dado dinero y un consuelo rápido antes de que los soldados la raptaran y la llevaran a prisión. Ya habían pasado más de dos meses y rogaba porque su hijo se encontrara a cientos de leguas lejos de la ciudad.

—Todo lo que hice, señor sacerdote, fue ser una mujer bajo el techo del archiduque. Que lo digan las cocineras, ¡que lo digan las lavanderas y las jardineras si es necesario! Mi hijo no es el primer bastardo de su hermano, sacerdote, y creo que Donn Bejadmundo tiene el miembro más inquieto de lo que le gustaría a la respetadísima archiduquesa.

Todos rieron abajo. Los rostros compasivos se tornaron en jocosos, aplaudiendo las palabras de Amelia. Pero arriba, en la construcción, permanecieron mudos y quietos como estatuas. A lo mejor ese había sido un buen golpe.

—¡Aquí no se hacen acusaciones en vano! —Gritó la archiduquesa, antes de que el archiduque la halara del brazo y la obligara a sentarse a su lado. Observaba a la multitud, pálido e incómodo.

—Si usted lo dice, mi señora, es porque está ciega o no quiere enterarse de lo que ocurre aquí mismo. A la que acusan de bruja es a mí, pero el violador permanecerá bajo la sombra de su indiferencia. ¿Qué habrá pasado con todas esas a las que el archiduque preñó? Me pregunto qué les habrán hecho a las de baja cuna. Por suerte yo, que también soy una

señora, sufrí fue una ejecución en la hoguera. ¿Estrellaron a sus otros bastardos contra las losas del suelo? ¿Degollaron sin piedad a las lavanderas y cocineras que fueron ultrajadas por el archiduque?

Los murmullos se intensificaron. Amelia sabía que ya se había ganado una reputación. Esta ejecución les saldría cara a los archiduques y la gente no estaría contenta.

—Suficiente. —Dijo el archiduque, que por fin había hablado. —Amelia Ojendía, estás acusada de brujería, sodomía y herejía. Verdugo. —Ordenó, dirigiéndose a un hombre con una túnica gris que yacía junto al palo santo. —Hágala arder en el infierno.

Amelia, que había sentido una pequeña alegría por poner a los archiduques contra el suelo, volvió a sentir miedo. Observó bajo ella y se encontró con el heno, la madera y la hojarasca. Pensó de nuevo en Magrei, en cómo la bruja afirmaba con fervor que las llamas la quemarían y la harían gritar. ¿Habría Magrei gritado cuando había muerto? ¿Habría reencarnado en otra doncella? Entre tanto, su público compasivo no movió ni un dedo. Nadie dijo nada. Los había hecho reír, los había hecho sentir compasión por ella. Pero, ¿de qué le había servido?

El Oyente Mayor comenzó a rezar, con los ojos cerrados y las manos levantadas. Una docena de los espectadores también lo habían comenzado a hacer, pero los otros, que la miraban con terror, se habían quedado con los ojos abiertos y en silencio.

"Testigos de la infamia, pero nada más" pensó Amelia. Los observó. Eran caras blancas, morenas y negras. Eran pobres y desarrapados, ricos y opulentos. Vio a una madre con un niño mamando de su pecho, a un par de críos robando y cortando bolsitas de monedas de los desprevenidos. Los comerciantes con más dinero se habían puesto sus ropas más caras y hasta los granjeros de Las Villas fuera de las murallas de la ciudad se habían lavado y puesto las mejores carcasas. Era un ritual, un día de fiesta que el mismo archiduque había decretado en la ciudad desde hacía ya unos años. Era costumbre ir a ver gente quemarse y aullar. A Amelia le dio asco.

Pero de repente, al fondo, allí donde casi nadie podía verla ni oírla, encontró el rostro negro de Sombra. Se sorprendió y abrió los ojos, y ella le sonrió con tristeza, desde la multitud. No estaba vestida con el traje blanco de esclava, sino con ropas más bien formales, más adecuadas al ímpetu de su amiga. ¿Por qué seguía en la ciudad? Le había dado instrucciones de huir, de tomar un barco y buscar auxilio en alguna de las ciudades del Continente Ancestral, al otro lado del mundo. Había dejado sus arcas llenas para eso mismo. Pero, como todo, ya no importaba. Amelia buscó cerca a Sombra y sonrió a la cara de un niño de mejillas enrojecidas, que se aferraba con miedo a las faldas de su amiga. Era

Beltrán, su hijo. Era el bastardo del archiduque, un monstruo para la archiduquesa. Era la razón de su muerte, pero también la esperanza de lo que le restaba de vida. Moriría por él, en su nombre.

Cuando el verdugo hizo caer la antorcha, diez mil serpientes de fuego se despertaron entre el heno y la hojarasca. Se alimentaron y crecieron, y lamieron sus pies como había predicho. Apretó los labios, consciente de su promesa de no gritar, y trató de inhalar con rapidez el humo que subía y la quemaba. "Un sueño" pensó, "Necesito soñar, dormir". Pero era difícil caer inconsciente en medio de las llamas. Las lenguas le lamieron las plantas y los dedos de los pies, y sintió casi cómo su piel crujía y se tostaba, cómo el músculo se encendía y más tarde, cómo el hueso se volvería ceniza. Se mordió la lengua, los labios, y unas cuantas lágrimas, producto del humo, salieron por sus ojos.

La gente la observó con terror. No sabía qué había pasado con los cuerpos calcinados de las brujas y hechiceros que habían quemado hacía poco, pero estaba segura que esa marea de personas había disfrutado con ellas. Era lo que se suponía que hicieran, ¿verdad? El archiduque había decretado el día de fiesta por eso mismo, para que sus súbditos se alegraran de que fueran salvados de la maldad de los Hijos e Hijas de Mesenai. Pero allí estaban todos, viéndola sin sonrisas, sin sentirse salvados.

—¡Púrgala, señor! —Escuchó decirle al sacerdote.

El fuego subía hasta sus pantorrillas, y más tarde hasta sus muslos. Su vestido rojo se había encendido, y ahora las faldas eran las de una danzarina de las llamas. Apretó aún más los labios hasta que le sangraron, y se mordió la lengua hasta que juró se la había magullado y cortado. Alzó la vista y vio a su pequeño, berreando contra las faldas de Sombra.

— ¡Muero por un hombre que violó, por una mujer que escondió el crimen de su esposo y por un sacerdote que condenó sin escuchar la verdad! No lo olviden, pueblo de Talidia. No olviden la infamia de los que los gobiernan. — dijo, con su último aliento.

El archiduque se retorció en su silla, incómodo, y la archiduquesa bajó los ojos, tratando de evadir las mil y un miradas de su pueblo de allí abajo.

Amelia alzó más la cabeza y observó el ocaso, las nubes fundiéndose con el lila y el azul del atardecer. En Talidia no era tan hermoso como en sus llanos natales, pero era igualmente una vista esplendorosa, una vista digna para morir. Ya había dicho suficiente y lo único que debía hacer ahora era dejarse llevar por las llamas. No sintió las piernas, ni la cintura, ni los brazos, mientras sentía cómo el humo entraba en su cuerpo y la

hacía dormir. Y cerró los ojos, primero en sueños, y luego en la muerte.

Capítulo 2

1. Beltrán

Cruzó la galería casi corriendo. Antes, cuando apenas era un chiquillo, se habría detenido a mirar las columnas que sostenían el gran techo cóncavo, las tiendas que ofrecían pociones y conjuros para el amor y los cientos de comerciantes que gritaban que vendían papa y caléndula, coliflor y especias picantes. Ahora, sin embargo, no tenía tiempo para eso. Había cruzado la galería miles de veces y ya conocía a la perfección cada rincón, rayón de pared y letrero de tiendas, posadas, herrerías, almacenes y ventas callejeras. Además, estaba retrasado.

Se dirigió hacia los cocheros que aparcaban en un establo de techo de madera y contrató a uno casi sin rechistar. Sabía que los coches en Ciudad de Salvania se ponían cada vez más caros, pero no tenía tiempo para medir su dinero. Dejó caer cinco salvas en la mano enguantada, cuando antes un recorrido no costaba más que tres, y se subió de un salto al coche.

—Voy a la Academia. Rápido, por favor. Que el tiempo es oro.

El cochero alzó las riendas y sus ponis movieron las patas. El coche era amplio y el muchacho se recostó en el espaldar de la silla, un cojín negro, lleno de cenizas de pipa y el olor inconfundible del cuero curtido. Miró su libro de anotaciones, pasando página a página. Rogaba porque todo estuviera correcto. Anoche había revisado que quedara perfecto y esperaba no se le pasara nada por alto. El ensayo era de armas, por supuesto. Beltrán había descrito la trayectoria de los trabuquetes y las catapultas de la ciudad. Un conjunto de números, sumas y fracciones complicadas se dibujaban alrededor de la imagen del trabuquete. Había tenido que ir a la Muralla Este para analizar él mismo los cálculos y las medidas. Cuando los guardias de la muralla lo cuestionaron, sobre por qué tomaba anotaciones mirando y analizando la máquina de asedio, Beltrán tuvo que mentir.

—Me envía Donn Nemesio Tresángulo. Soy su mensajero, mis señores.

Le había temblado la boca al decirlo, pero debía funcionar. Tresángulo era el ingeniero de guerra de su majestad el rey y siempre enviaba maeses de la Academia a hacer uno que otro cálculo. Los guardias no deberían por qué cuestionar su autoridad. Uno de ellos se acercó, la capa púrpura ondeando al viento, y alargó una mano hacia él.

—La autorización. —Había dicho, y en sus ojos oscuros Beltrán supo que no tendría oportunidad. Tardó un poco, pero continuó. Necesitaba saber las medidas. El largo del brazo de madera, la fuerza aproximada de los piñones, las poleas y los engranajes.

—Donn Tresángulo no necesita la autorización de nadie. —Había respondido, casi insolente, como se suponía eran los maeses de la Academia. Pero no insistió cuando el otro guardia puso la mano en el pomo de su espada.

—Vete, niño. Piérdete. Si no lo haces…—Se había pasado un pulgar sobre el cuello, trazando una línea imaginaria, y Beltrán entendió claro el mensaje.

Ahora no tenía las medidas completas y sus cálculos solo comprendían una réplica que a lo mejor no sería realista, sino inútil. Cerró el libro con fuerza y suspiró. Sabía que no había hecho todo lo posible por conseguir las respuestas a las preguntas de su ensayo. Maese Claudio le había dicho que debía entregarlo hoy mismo, pero había tenido tiempo de sobra para preguntar, calcular y medir con calma. Sin embargo, había algo mucho más fuerte y oscuro que colmaba su mente y no tenía relación con unos cuantos cálculos. Los pensamientos oscuros le habían gastado gran parte de su tiempo y había dado vueltas en su cama noche tras noche. Pensando, planeando, reflexionando.

Observó hacia su izquierda, mientras las ruedas del carruaje rechinaban y lo mecían. Entre las verduleras y los vendedores ambulantes observó la estatua de la reina Helena León y Ponceranda, que ahora estaba sucia, oxidada y llena de símbolos y palabras talladas con tiza o trozos de metal. La cara había sido rayada para que se pareciera a un saltimbanqui y los senos los rodeaban dos círculos vulgares pintados con algo que parecía ser aserrín.

Sonrió, dejando a un lado los destrozos y fijándose en el arte que había hecho el escultor. Observó cada uno de los ángulos, cada una de las formas en las que se había transformado el cobre y el estaño hasta convertirse en una mujer gigante. Se decía que Helena tenía una vasta melena rubia, que le caía salvaje sobre las nalgas. El metal había sido tallado tal cual la legendaria descripción de la monarca, con la melena larga, las carnes bien puestas y una corona de cobre sobre la cabeza. Los rubíes que antaño habían colocado en la corona habían sido robados tiempo atrás. Beltrán no sabía de quién había sido la estúpida idea de colocar piedras preciosas en la estatua de un sitio tan público.

—Dicen que si le echas una moneda te dará buena suerte.

Beltrán se sorprendió de que el cochero hablara, pero asintió con la cabeza. Sabía lo de las monedas y la suerte. Un pequeño estanque a los

pies de la reina estaba a rebosar de moneditas antiguas, colmadas ahora de tierra y putrefacción. Las monedas no duraban mucho tiempo allí, pues los mendigos de la ciudad venían cada tanto y recogían las monedas de bajo valor a manotadas. Un puñado y podrían comprarse una buena cena.

—¿Cree en la suerte? —Le dijo a su vez Beltrán, y notó cómo el cochero sonreía de lado. Tenía un sombrero sucio hecho de paja y una barba de varios días.

—Creo en Dios, mi señor. Es toda la fe que un hombre debería necesitar.

—¿Cree en el Dios de los Mil Ojos?

—Claro, ¿en cuál otro si no?

El cochero tiró un poco de las riendas y los ponis voltearon a un lado, para dar paso a otro carruaje. Este era uno más grande, con techo y cortinas que tapaban su interior.

—Bueno, —siguió Beltrán. — en la Academia tomé una clase de teología y me enseñaron los fundamentos básicos de cientos de religiones más. Se sorprendería de la variedad de creyentes que existen en la propia Salvania. Lástima que se escondan, aunque no los culpo. Todos le tememos a morir, así sea por las creencias propias, y los Púrpuras están bastante quisquillosos últimamente con todo lo que huela a herejía.

—Bien que tengan miedo. —Dijo el cochero, lanzando un escupitajo al suelo. —Solo existe un dios, y es el Dios de los Mil Ojos. Todo aquel que hable de dioses del desierto, de la jungla y las estrellas no es más que un charlatán. Que los quemen y los castiguen como se debe. Herejes es lo que son.

Beltrán prefirió quedarse en silencio. Supo que las charlas existenciales solo se debían sostener con otros académicos. El pueblo, por otra parte, no entendía de esas cosas. Las ancianas se aferraban a sus ojos de metal, pequeños símbolos que cabían en una mano y que los sacerdotes aseguraban vendrían bien para rezar y suplicar a Dios. Sus hijos, entre tanto, se iban de putas o de bebida, pero regresaban al día siguiente a las iglesias blancas, todos cubiertos de arrepentimiento, todos entrando de rodillas, como recomendaban hacer los sacerdotes del Dios de los Mil Ojos. A Beltrán siempre le había parecido una estupidez.

Recorrieron la Calle de la Lavanda y también la del Gato Negro, y doblaron por la Avenida de la Doncella Susurrante. Poco a poco las calles dejaban de ser de tierra y lodo y comenzaban a estar cubiertas de adoquines negros. El centro de la ciudad era revoltoso, sucio y salvaje. Ninguna de las administraciones de los reyes pasados había logrado hacerla más

limpia y bella. Pero cuando llegaron a la Ciudadela, tras pasar la muralla interior y ser requisados por los guardias, todo cambió. Los edificios pasaron de ser simples posadas y casas viejas a construcciones inmensas de piedra, con ventanas angulares y vidrios de mil colores. Las fuentes públicas abundaban, así como los guardias de capa púrpura, que tenían la orden de proteger la Ciudadela con su vida. Dentro todo era mucho más costoso, pero también mucho más seguro. Los mercaderes se ataviaban de ropas finas y hasta las prostitutas eran jóvenes delicadas y vestidas con seda, nada comparadas con las viejas gordas y horribles que vendían el coño en otras partes de Ciudad de Salvania.

En la Ciudadela también había una galería, solo que esta era más pequeña, más recatada. Almacenes de ropa de lujo, así como las joyerías con los pendientes y collares más costosos del país, se habían construido allí. Los nobles y ricos burgueses caminaban frente a sus vitrinas, observando con detalle los corpiños de hilo de oro, los anillos con incrustaciones de esmeraldas y las botas altas de cuero negro y reluciente.

Beltrán jamás había estado en la Galería de Marca Dorada por decisión propia. Siempre había ido a regañadientes, convencido por Lope, su amigo de la Academia. Lope siempre le preguntaba por qué no le gustaba Marca Dorada, pero Beltrán nunca sabía cómo contestarle sin que se sintiera apenado. Él era el hijo de una casa pequeña, sí, pero su padre tenía el dinero suficiente como para darle bastantes comodidades. Beltrán, en cambio, no había tenido tanta suerte. Tras morir, su madre solo le había heredado Villa Acapro, un pueblito de campesinos famélicos que nunca había podido visitar. Por supuesto, las ganancias que sacaba de Acapro como nuevo señor no eran cuantiosas y no se asemejaban a las ganancias de la casa Altaespiga, la casa de Lope. Los viñedos y los cultivos prósperos de los Altaespiga hacían de su familia una empresa que producía bastante dinero.

El coche se detuvo al lado de la galería, como le había indicado Beltrán. Se bajó de un salto y caminó un poco más allá de la calle, donde los coches no podían entrar. Alzó la cabeza hacia el edificio que tenía al frente. La Academia de la Humareda era grande, imponente. Se alzaba sobre los otros edificios de la Ciudadela y en sus muros se exponía el inigualable estandarte de la Academia, heredado de la casa Irat, sus fundadores. Los estandartes eran nuevos y lucían el sol con cara de los Irat en un fondo púrpura y blanco. En el enrejado que encerraba el edificio se hallaba Lope, como le había dicho Beltrán. Estaba sentado sobre las escaleras de entrada, con un libro marrón en las manos.

—Pensé que vería primero una vaca volar antes que verte leyendo un libro. —Se acercó Beltrán, con una sonrisa.

Lope alzó los ojos oscuros, gracioso. Tenía el cabello de fuego revuelto y Beltrán estuvo seguro que no había dormido nada. Cuando se acercó, también supo que no había tomado un baño en algunos días.

—Ya sabes, para tiempos oscuros, hombres de libro y pluma. —Respondió el muchacho, devolviéndole la sonrisa.

—¿De qué se trata tu ensayo, Lope? —Dijo Beltrán, agarrando el libro y leyendo la cobertura, sin esperar la respuesta. —"Especias de vino blanco y otras formas de matar a un hombre" —Leyó, divertido.

—Te sorprenderías de lo que encontré en la Biblioteca, Beltrán. Hay infinidad de libros y recetas que contienen fórmulas para especiar vinos, pero que he encontrado resultan ser venenosos al mezclarlos. No me sorprende que más de uno haya muerto por eso. Y por si preguntas, no, no le robé la idea a nadie. Mi señor padre me ha obligado a leer día y noche hasta que sacara alguna conclusión. No le ha gustado nada mi rendimiento en la Academia y me mantuvo allí, a luz de vela y sin bebida para bajar la frustración.

—Un hombre admirable, debo admitirlo. ¿Entramos? —Dijo Beltrán con una sonrisa.

Los dos muchachos se adentraron a la gran sala de la Academia, una sala abierta, con muros y arcos de piedra pulida, que contenían un jardín inmenso en su interior. Cuando pasaron por allí avistaron a unos cuantos estudiosos, leyendo y escribiendo en vastos libros de hojas amarillas. Los botánicos eran los más aclamados de la Academia y dibujos de plantas y árboles exóticos se hallaban expuestos entre sus libros.

—¿Te sirvieron las últimas observaciones de la catapulta? Supe que tu ensayo es de eso mismo. ¿Cómo se llamaba? ¿"De cómo mejorar la defensa de Ciudad de Salvania"?

—"De cómo mejorar y abrillantar la defensa de la Muralla Este" —recitó Beltrán, orgulloso. —Pero no, los púrpuras no me dejaron si quiera medirla. Lo intenté un día, pero uno de ellos me amenazó, y ya sabes que no soy bueno con las manos.

—Ni con las mujeres. —Dijo Lope, alzando las cejas. Beltrán bufó.

Siempre terminaban hablando de lo mismo. Lope, un pelirrojo perteneciente a los Altaespiga, terminaba siendo un partido excelente para cualquier mujer de la corte con ansias de apoderarse de una villa rica en plata y vino. Se mostraba como todo un galán en las fiestas menores de los cortesanos y le había contado a Beltrán la infinidad de veces que se había llevado a una mujer a la cama. Pero eso había llegado a su fin cuando apareció Milagros. Era una chica bonita, de nariz de botón, cejas

gruesas y ojillos de cervatillo asustado. Ha Lope le había encantado desde la primera vez y se habían casado en secreto con ella. Solo faltó una bolsa de oro y un sacerdote que aceptara el soborno. Donn Estileo Altaespiga aún no se había enterado del matrimonio de su hijo, pero seguro pronto lo haría. No era secreto para nadie que Milagros era la nueva mujer de Lope, cosa que a Donn Estileo le caería bastante mal. Los nobles, aunque fueran de casas menores, eran bastante recelosos de su estirpe y no querían que los nuevos ricos gozaran de su apellido. Milagros era la hija de un joyero adinerado y era considerada una nueva rica para los Altaespiga de la villa Fresno.

—Qué agradable sorpresa en los deliciosos y cálidos pasillos de la Academia.

Donna Ágata Ilbao arrastró sus vastas faldas hasta ellos. Era una mujer gruesa, de nariz fina y mejillas coloradas. Siempre tenía una sonrisa gigante en los labios.

—Buenas tardes, Donna Ágata. El gusto es todo nuestro. —Saludó Lope, haciendo una estilizada reverencia. Beltrán se sorprendió de lo fácil que le salían las mentiras. Los modales entre nobles eran simples cursilerías baratas, y jamás había tenido la intención de seguirlas. —¿Ya pudo encontrar la copia de "La Mujer del Verdugo"? Me parece que la vi hace poco entre los estantes de la Biblioteca. Con gusto puedo pedirlo prestado por usted.

—Oh, no, no. No hay por qué molestarse, querido. La copia me llegó de manos de Mauro Ostinni. Agradezco el gesto. Eres muy considerado.

—¿Mauro Ostinni? —Preguntó Lope, poniéndose tenso.

"Al parecer tienes una nueva competencia de lameculos, Lope" pensó Beltrán, reprimiendo una risita.

—Sí, Ostinni. Es el nuevo maese de literatura de la Primera Era. Relevó a Ventora mientras ella viaja a la Colonia de Nueva Leona. Dice que el maese Mendio Buendía se encuentra allí y Ventora alistó el papel y la tinta para entrevistarlo. Veremos qué tal le sale eso de hacer preguntas.

—En todo caso, maese Ágata, sabe muy bien que encuentro con gusto servirle en lo que necesite. —Dijo Lope, y se incorporó para besarle la mano. Ágata rio, divertida, y las mejillas se le enrojecieron aún más. ¿Sería posible que esa mujer se pusiera nerviosa con las cortesías de un muchacho que tenía la mitad de sus años? Beltrán no quería encontrar la respuesta.

Se despidieron y siguieron adelante. La oficina del maese Claudio se encontraba en la última planta de la Academia. Los muchachos subieron

las escaleras, cansados ya de los ciento cincuenta escalones hasta la oficina, y cuando tocaron la puerta se encontraban exhaustos y sudorosos. La puerta de madera se abrió de súbito y los dos entraron al tiempo. Un mecanismo de hilos y tuercas de madera había sido lo que había abierto la puerta. Maese Claudio tan solo había tenido que halar una palanquita diminuta en su escritorio. Era un fanático de las máquinas.

—Donn Lope Altaespiga y su amigo de siempre, Donn Beltrán Ojendía. ¿Por qué no encuentro sorpresa de verlos hasta ahora?

—Discúlpenos, maese. Nosotros…—empezó Lope, con su refinada astucia.

—No llegaron a tiempo. —Interrumpió Claudio, con los ojos ocultos bajo los anteojos. —Y no recibiré sus ensayos…ni sus excusas. Ambos reprueban Estilística.

—Pero…—Empezó Beltrán, y se calló cuando el maese levantó la mano.

—Pero nada. Todos en la Academia saben lo puntual que soy y el ejemplo que le doy siempre a mis aprendices. Al parecer todo el curso lo ha entendido menos ustedes. —Dijo, poniendo una mano sobre un montón de libros marrones. Los ensayos de los otros aprendices.

Beltrán se sintió culpable. Era él el que había llegado tarde, y Lope lo había esperado como el buen amigo que era. Ahora reprobaría igual que él.

—Podríamos leerle los ensayos. No nos tomará mucho tiempo. —Dijo Beltrán.

—Usted puede sentarse y escuchar. —dijo Lope, siguiendo la idea con desenvoltura. —Le traeré pancetas, de esas que le gustan, maese. ¿O qué tal un poco de brandy nuevoliano? Mi señor padre tiene las mejores reservas en casa. Solo falta que vaya y traiga un poco.

Maese Claudio curvó los labios.

—No quiero ni brandy ni pancetas, pero sí una explicación. Si quieren que reciba sus ensayos, deberán explicarme qué hacía esto en la capa del joven Beltrán y por qué tiene el nombre de Lope. —Dijo, alzando un papelito largo y arrugado entre sus dedos.

Beltrán tragó saliva. ¿Cómo era posible que lo hubieran encontrado? Lope frunció el ceño, sin saber realmente nada.

—Es mío. —Susurró Beltrán. —Lope no tiene nada que ver con esto. Si va

a haber un castigo, que recaiga en mí. En él no.

—El papel tiene su nombre. —Escupió Claudio.

—Lo sé, y también tiene el nombre de las otras casas de los aprendices. Es código marrón, maese. Solo lo escriben algunos.

Maese Claudio se sorprendió, pero trató de no demostrarlo. El lenguaje vulgar que los analfabetos se habían inventado, a partir de rayas y puntos, no era de su conocimiento.

—Si Lope no tiene nada que ver en esto, entonces será mejor que se retire. —dijo el maese, solemne.

Lope estaba pálido, pero se levantó y se fue, no sin antes lanzarle una mirada de interrogación a su amigo.

—Con que Las Ratas Negras. —Dijo Claudio, cuando Lope hubo cerrado la puerta. —Pensé que formábamos aprendices inteligentes, no niños idiotas que quieren jugar a la guerra.

—No soy ningún idiota. —Dijo Beltrán, apretando la mandíbula.

—Lope Altaespiga posee doscientos hombres. Cincuenta arqueros, cien lanceros y otros cincuenta de caballería. Villa Fresno se encuentra abastecida. Pueden acercarse lo suficiente. —Leyó Claudio, poniendo especial énfasis en el nombre de su amigo. El resto del mensaje eran puntos y rayas que decían más o menos lo mismo, solo que de otras casas menores. Había tenido que escribirlo de esa manera, como se lo habían pedido —¿Espías para ellos, Beltrán? ¿Le sirves a esos degenerados que se hacen llamar héroes de la nueva nación?

—Por favor no se lo diga a nadie. —Dijo él. No había sonado como una súplica.

—Eso será cosa mía, y tomaré la decisión cuando sea oportuna. No me gustaría acusarte frente a la Guardia y que te cuelguen como a cualquier ladrón en el cadalso. Pero si no encuentro una explicación a esto, lo haré.

Los ojos de Claudio no dejaban ver un atisbo de duda y Beltrán tragó saliva de nuevo.

—Necesito la ayuda de Las Ratas. —Se rindió Beltrán.

—¿Y por qué un niño necesitaría la ayuda de un grupo de asesinos?

—No soy un niño, y ellos no son unos asesinos.

—Apenas tienes dieciséis veranos, Beltrán. Para mí seguirás siendo un niño hasta que te vea un poco de barba y un poco de madurez. Mientras tanto, ellos sí que son unos asesinos. ¿No ves cómo corren las noticias de sus atrocidades? Villa Osar fue hace una semana. Quemaron casas, violaron mujeres, degollaron hombres y los cortaron en dos. ¿Es a ese tipo de hombres a los que sirves?

—Invaden villas que se niegan al Llamado. El resto son solo estragos de la guerra. —Justificó Beltrán, con una sombra de ira en los ojos. —No quería meter la casa de Lope en todo esto, pero me dijeron que era necesario. Solo tomarán una o dos reses de la villa, es todo. Prometieron no hacerle daño a su familia, ni combatir con sus soldados.

—El "Llamado", ¿eh? ¿Así es como le llaman ahora al genocidio? Te diré esto, Beltrán, y no pienso repetirlo. Una vez entres en las manos de Las Ratas Negras, te sacarán todo el dinero que tienes como Señor de Villa Acapro y luego te dejarán a merced del hambre en los caminos del reino. ¿Qué te condujo a hacer semejante locura?

—Creo que prefiero retirarme, maese. —Dijo Beltrán, aunque ya había decidido irse.

—No te he permitido que lo hagas.

—Tampoco le permito que siga preguntando. Asuntos personales no se mezclan con la Academia. No se entrometa en mis asuntos. Ahora, si me disculpa.

Beltrán se puso en pie y abrió la puerta, pero se detuvo cuando el maese habló nuevamente.

—Eres un chico inteligente, Beltrán. Sin disciplina, pero inteligente. Espero sepas lo que haces, y si no, espero que aprendas la lección.

Cuando salió se encontró con Lope, que daba vueltas sin parar, con las manos agarrándose la frente. Se apresuró a acercarse.

—Necesito una explicación. —Pidió, entre serio y asustado.

—Y la tendrás. —Dijo Beltrán, algo apenado. —Pero mejor te lo cuento todo con una copa de vino en las manos. Es una historia larga.

Los dos chicos bajaron a la calle y se dirigieron a la parte posterior de la Academia. Los palafrenes de crines plateadas de los maeses pastaban por allí y uno que otro semental alto, con las patas peludas, coceaban y relinchaban con nervios. Lope se subió en su caballo, negro y esbelto, y

Beltrán ensilló su yegua café y se subió en ella de un salto. Lope era mucho más alto que Beltrán, incluso a caballo, y Beltrán siempre lo había visto montar como un jinete experimentado. Parecía un joven rey yendo a la batalla.

—¿Hoy qué será? —Preguntó Lope, aunque no con su usual entusiasmo. —¿La Rosa Verde o El Arcón Dorado?

—Ninguno de los dos. —Dijo Beltrán. —Debemos ir a un lugar más cauto. Además, no sé si Maese Claudio me esté siguiendo el paso. Será mejor ir a un lugar fuera de la Ciudadela.

—¿Fuera de la Ciudadela? —Dijo Lope, con asco. Era un señorito hecho y derecho, y como todo señorito de alta cuna no salía de la Ciudadela si no era para salir por completo de Ciudad de Salvania.

—Vamos, Lope. No es tan malo allí afuera.

—Pero tampoco es tan bueno. Hace un par de días le robaron todo a Donn Álvaro Castiblanco. Le quitaron los anillos, le raparon las monedas y lo dejaron en el suelo echando sangre por la nariz.

—Seguro que con esa lengua bípeda que tienes nos puedes sacar de uno que otro apuro. —Tranquilizó Beltrán, sonriéndole.

Esperó a que Lope también riera, pero tan solo continuó cabalgando. Debía decirle la verdad cuanto antes y esperaba que después de eso siguiera siendo su amigo.

Cruzaron la muralla interior y siguieron hacia La Gran Rana, una conocida taberna del pueblo llano. Beltrán se había adentrado en sus salones más de una vez, en medio de sus investigaciones para sus crónicas sobre cómo los capitalinos tomaban aguardiente, se ceñían de carcasas viejas y bailaban sin parar al son de canciones alegres. Eran sobre todo melodías sobre espíritus de la noche, doncellas traicioneras y una que otra de guerra y heroísmo. A Beltrán siempre le había gustado, pero no estaba tan seguro que Lope lo hiciera. Lo más barato que Lope había probado en su vida era una empanada de puerco que Maese Ágata le había hecho probar en medio de galanterías y frases bonitas. Lope casi devuelve el desayuno, pero prefirió expresar una sonrisa.

Desmontaron a unas calles de la taberna y dejaron los caballos en un establo de mala muerte. Lope pagó dos salvas adicionales para que el hombre que cuidaba los caballos le prestara mayor atención al suyo, y continuó junto con Beltrán, con la cara llena de miedo.

—Si me roban a Centinelo me debes cinco mil salvas. —Dijo, tratando de

expresar una sonrisa. —Pero por ser mi amigo te cobraré solo tres mil.

—Es un trato. —Dijo Beltrán, y le devolvió la sonrisa. Solo quería que Lope lo siguiera considerando su amigo después de todo lo que le diría. Si no, tendría una deuda más y un confidente menos.

Al interior de La Gran Rana se apostaban una docena de sillas y taburetes destartalados. Los hombres bebían y cantaban y uno que otro ya se encontraba increíblemente borracho. Lope hizo una mueca. Eran apenas las diez de la mañana.

—¡Maese Beltrán! —Saludó Juan, el posadero. —Hace mucho rato no lo veo por aquí. ¿Acaso ya se ha olvidado de nosotros? —La última frase la dijo volviéndose hacia Lope. Le vio la capa de marta, las botas altas y el jubón impecable, de tierno tejido marrón. Lope no pasaba por alto en un lugar que no fuera la Ciudadela.

—Llámame Beltrán. Aún no soy maese. —Dijo, sacando un par de salvas del bolsillo. —Deme dos fuertes de aguardiente, por favor.

—¿Aguardiente? —Oyó a Lope susurrar a su espalda, pero no dijo nada.

Se sentaron en una de las mesas vacías del lugar. Unas horas después y Beltrán sabía que ya no habría espacio ni para caminar, pero por ahora el local estaba medio vacío. Les sirvieron dos vasitos de aguardiente y los dejaron a solas.

—Bueno, te escucho.

—Primero promete que no me juzgarás y que no desconfiarás de mí. Te lo suplico, Lope.

—Tienes mi palabra. —Dijo el muchacho, y le dio un sorbito al aguardiente, cerrando los ojos y apretando los puños.

—Maese Claudio ha descubierto un secreto mío. Lo he mantenido oculto por un par de semanas, pero veo que ya no tengo mucho tiempo. —Observó los ojos de Lope, que le prestaban suma atención, y él mismo se acabó el aguardiente de un trago, para darle fuerza. El alcohol le entró hasta el estómago como fuego líquido. —Fuera de la Ciudadela están reclutando para ser parte de Las Ratas Negras. Lo dudé mucho, creéme. Un día vi que no tenía oportunidad y hablé con uno de los reclutadores. Me nombró Maese, un tipo de código que utilizan para los reclutas, y me asignó una tarea para comprobar mi fidelidad.

Lope frunció el ceño. Las Ratas no eran un grupo al que los Altaespiga les tuvieran aprecio. Las haciendas del padre de Lope habían sido varias veces atacadas por los rebeldes. Pero eso era antes. Las Ratas eran

lideradas por un nuevo caudillo, todos lo sabían, y el grupo ya no hacía esas cosas. Los asuntos de la guerra, por otro lado, eran diferentes.

—Mi misión era darles la cantidad de hombres que la mayoría de aprendices tenían en sus casas. Ya sabes cómo se jacta Braulio y Anseo de los hombres de sus padres. Les presté atención, verifiqué el número preguntándoles en medio de chistes y charlas cortas, y planeaba pasar el papel que encontró Maese Claudio con toda la información.

—Me mentiste. —Dijo Lope, con ojos llenos de nostalgia. —Pensé que eras mi amigo, Beltrán. Pero supongo me he equivocado.

—Por favor, Lope. No lo tomes así. Las Ratas…

—Las Ratas habrían invadido mis haciendas si ese papel hubiera llegado a manos equivocadas. Maese Claudio fue sabio en arrebatártelo. Eres un traidor.

—Necesitaba hacerlo, Lope. Y me aseguraron que no harían nada bélico, más allá de encontrar algunas reses y algunas cabras para comer. Tienes que creerme.

—¿En serio le creíste a esos bandoleros? —dijo Lope, negando con la cabeza. Estaba decepcionado. — Son ratas, Beltrán. Ellos lo saben, todo el mundo lo sabe. Tú deberías de saberlo.

—No entiendes. Era la única posibilidad.

—¡¿Para qué?! —El grito de Lope resonó en toda la estancia. Los murmullos y charlas de borracho se acallaron de repente.

—¿Todo bien Maese Beltrán? —Preguntó el posadero, con un trapo en la mano.

—¿Acaso no te ha quedado claro, viejo idiota? Este no es maese. No es más que un hijo de puta. —Dijo Lope, poniéndose de pie.

—Lope, espera. —Suplicó Beltrán, y lo siguió a su espalda.

—Eso es lo que pasa con los niños ricos. Se creen con la autoridad de ir a regañándonos a nosotros, a nosotros que no tenemos con qué comer. —Dijo un borracho cercano, pero Beltrán lo ignoró.

Salieron a la calle y Beltrán persiguió a Lope por todo lado. Tras recorrer dos calles, logró alcanzarlo y lo tomó de un brazo. Este se zafó, iracundo, pero se volvió a verlo.

—Lo hice por mi madre. —Confesó Beltrán, respirando con dificultad.

—Tu mamá está muerta.

—Muerta por las órdenes del archiduque Bejadmundo de Talidia.

—¿Y qué pasa con eso? —Dijo Lope, alzando los hombros.

—Las Ratas me ayudarán a encontrar mi venganza. —Susurró Beltrán.

—La venganza no te devolverá a tu madre.

—Pero sí me dará justicia. No hay juez mayor para un archiduque que una daga en la garganta. Y espero empuñarla yo en persona.

—Es sangre de tu sangre. Es tu padre, Beltrán. Tienes sus ojos, tienes hasta su pelo. He visto a Bejadmundo más de una vez, en la fiesta Estival de principio de año. Siempre lo acompañan un millar de brutos con cascos y picas. ¿De verdad crees que Las Ratas Negras serán amenaza alguna contra toda la fuerza de tu padre?

—Tal vez ahora sí lo sean. Las Ratas han crecido. El reclutador me lo dijo.

—¡Deja ya de mencionar a ese hombre! El muy hijo de puta solo dice lo que quieres escuchar. —Lo vio de arriba hacia abajo, con odio, con asco. —Pensé que eras mucho más inteligente, Beltrán. Se suponía que yo era el idiota que no leía y que reprobaba las clases de la Academia. Supongo que la inteligencia se demuestra en otras cosas. Buena suerte en tu dichosa venganza.

Y así se alejó de él. Beltrán se quedó allí plantado, quieto como un idiota, hasta que vio a su amigo montar su corcel e irse a la seguridad de la Ciudadela con rapidez. “Tal vez yo debería hacer lo mismo” pensó, pero retiró el pensamiento de inmediato. Ni el maese ni Lope habían sentido lo que él sí. Aún escuchaba sus palabras, a pesar de que el sonido se había extinguido hacía ya trece años. Escuchaba el crepitar de las llamas, la orden definitiva del archiduque. Su madre no había muerto en vano. Talidia y todo el reino conocería el nombre de la casa Ojendía. Los estandartes caerían, uno tras otro, mientras que Beltrán cabalgaría junto a sus nuevos compañeros. Lo sabía…lo sabía.